



VOL: AÑO 8, NUMERO 21

FECHA: ENERO-ABRIL 1993

TEMA: IDENTIDAD NACIONAL Y NACIONALISMOS

TITULO: **Nacionalismo y globalización: El debate multicultural (entrevista con Néstor García Canclini)**

AUTOR: *María García Castro* [*]

SECCION: Entrevistas

TEXTO

Los vertiginosos cambios económicos, políticos y culturales que vive el mundo han motivado una nueva revisión profunda y cuidadosa sobre la cuestión de las identidades nacionales, reflexión en la que tú has participado intensamente. Queremos preguntarte: ¿cómo concibes la articulación de la identidad nacional con el fenómeno de la modernidad en las sociedades contemporáneas?

Sin duda se pueden encontrar antiguos orígenes de identidades nacionales, muy anteriores a la modernidad. Pero me parece que en la modernidad se configuraron, de un modo más específico y con una complejidad mayor, las identidades nacionales en relación, sobre todo, con la constitución de Estados-nación. A la vez, la modernidad ha generado procesos históricos, tecnológicos, económicos, sociales, en los cuales se disuelve esa misma identidad nacional o se transforma. De manera que habría que considerar esos dos movimientos en la articulación entre identidad nacional y modernidad.

Por una parte es evidente que en el siglo XIX, sobre todo para Europa y América, la nación apareció como la unidad integradora, en la que culminaban los procesos de modernización. Hubo una cierta coincidencia entre los procesos económicos de constitución de mercados nacionales, la formación de Estados que daban la configuración política del proceso nacional y el desarrollo de movimientos educativos y culturales que también tendieron a unificar a las naciones a través de la alfabetización, de la educación primaria y secundaria posteriormente, y luego, en nuestro siglo, a través de redes nacionales de comunicación. Así, la nación apareció como la unidad integradora de múltiples fuerzas desencadenadas por el desarrollo moderno. Muchos otros movimientos sociales históricos, como movimientos de tipo étnico o regional, parecieron quedar subsumidos en ese envoltorio de las culturas nacionales. En América Latina, me parece bastante evidente que los debates sobre la modernidad en el siglo XIX y sobre todo en el XX van ligados a la discusión de lo nacional. Pensemos en autores como Mariátegui y Arguedas en Perú, o como Octavio Paz y Leopoldo Zea en México: cuando ellos se interrogan sobre la manera -para usar la expresión de Paz- de ser contemporáneos de todos los hombres, o sea, de ser modernos, al mismo tiempo están preguntándose cómo integrarse internamente, cómo constituir una nación coherente. Pero como decíamos, por otro lado, la modernidad genera un conjunto de fuerzas económicas y políticas que llevan a desintegrar esas unidades nacionales.

Si bien éstas duraron en algunos casos dos, tres siglos -en América Latina por lo menos siglo y medio-, es evidente que en esta segunda mitad del siglo XX hay un conjunto de

procesos que tienden a diluir hasta cierto punto en lo internacional la existencia misma de la nación.

¿Cómo puede afectar el proceso de modernización las viejas formas de identidad nacional o sus formas tradicionales?

En primer lugar, el proceso de modernización afectó las viejas formas de identidad nacional y solidaridad en la medida en que subordinó al mercado nacional los intereses y los perfiles regionales. En los países latinoamericanos, México entre ellos, esa subordinación no fue sólo a mercados nacionales, sino también a un mercado internacional que, hasta mediados de nuestro siglo, era visualizado por todos bajo la forma de imperios. Aun cuando nuestros países se habían independizado en el siglo XIX, seguían manteniendo una dependencia bastante unidireccional de ciertos focos del poder mundial. Por eso, teorías como la de la dependencia parecían colocar la cuestión en términos adecuados. Los países periféricos o subdesarrollados eran tales porque tenían una relación de dependencia respecto de las metrópolis, de los polos imperiales.

En esta misma perspectiva, la teoría del desarrollismo -de la misma época que la de la dependencia- pensaba que era indispensable la industrialización económica de cada nación para superar los obstáculos de tradiciones premodernas y la consiguiente heterogeneidad social y cultural de nuestras sociedades. Por eso, aun cuando el desarrollismo no le dio tanta importancia a esta oposición imperio-nación, de hecho colocó la cuestión nacional en el centro, en la medida en que consideró que era indispensable el desarrollo nacional autónomo y que la nación o el Estado-nación debía desempeñar un papel clave en este desarrollo. Pero esta situación, a mi manera de ver, se acaba en los últimos treinta años. No es que no existan asimetrías, relaciones de subordinación y de dependencia. Más aún, en muchos casos se han agudizado y conducido a una situación más desventajosa de los países latinoamericanos en el mercado mundial. Pero hay otros procesos internacionales que están cambiando esa estructura bipolar, de simple oposición entre imperios y naciones, entre centros y periferias.

Vale la pena detenerse un poco en esto, porque tiene mucha importancia para la redefinición de lo nacional y de las identidades nacionales. Básicamente me estoy refiriendo a los procesos de transnacionalización, desterritorialización de la economía y la cultura y, como se le denomina recientemente, de globalización. Esta globalización es generada de un modo bastante preminente por las industrias culturales y por la transnacionalización de la economía. Pero hay muchos otros movimientos de globalización: habría que hablar de los movimientos masivos de migrantes, de turistas, de exiliados, de trabajadores extranjeros temporales; habría que referirse a los procesos de intercambio de conocimientos, de bienes de consumo y recursos financieros que circulan fluidamente entre los países y los continentes.

Todos estos procesos de internacionalización económica y socio-política contribuyen a relativizar los ámbitos nacionales como condicionantes básicos de la identidad. La mayoría de los bienes y los mensajes que recibe diariamente cada pueblo han sido generados fuera de su territorio o en empresas transnacionales que, aun residiendo dentro del propio país, ajustan su producción a estándares globales. Dentro de este proceso multideterminado de transnacionalización, las industrias comunicacionales siguen ocupando lugares preminentes, tanto respecto de la globalización como de la modernidad. Me parece que la radio, la televisión y el videocasete pueden ser tomados como símbolo de modernidad. Podríamos decir que, en ningún otro aspecto, ni en la educación ni en la vivienda ni en la salud, los pueblos latinoamericanos exhiben un acceso tan masivo a la modernización como el que promueven estas industrias culturales fuertemente internacionalizadas. En México, los hogares con radio y televisión llegan en las grandes

ciudades a 90 o 95%, y en la ciudad de México, por ejemplo, un producto tecnológico tan reciente como la videocasetera, que apenas tiene ocho años de difusión comercial, ya se encuentra en más de 50% de los hogares. Esta cultura a domicilio de las industrias culturales es en gran parte una cultura importada y, aun cuando sea producida dentro de México, como es el caso de los programas de Televisa, está configurada sobre la base de formatos transnacionales, especialmente estadounidenses.

Es evidente en ese campo que la modernización ha afectado las formas de desarrollo nacional, que antes eran mucho más autónomas. Y es claro, me parece, que buena parte de este proceso no es el resultado de las malignas intenciones de los grandes monopolios internacionales -eso también existe-, sino del propio desarrollo de tecnologías transnacionales, por su propia constitución como tecnologías y como empresas e inversiones.

Otro aspecto relacionado es que la modernización ha ido modificando las reglas de competencia. La competencia nacional de los productos ya no es suficiente para que una línea de producción pueda sostenerse: tiene que ser competitiva internacionalmente. Esto va asociado a procedimientos de estandarización de los productos, de las imágenes, de los diseños y, sin duda, de los consumos, de los usos, de las prácticas sociales y culturales de los receptores.

El proceso de modernización también lleva a muchos países, desde México hasta los de Europa del Este, a agudizar las desigualdades sociales. En la época hegemónica de los Estados-nación esas desigualdades regionales o sectoriales trataban de subsumirse, o de algún modo reducirse, dentro de proyectos nacionales de desarrollo integrado. En la actualidad, como vemos en el norte de México, una región puede, por la proximidad geográfica y otras ventajas comparativas, asociarse intensamente con otro país. Encontramos por ejemplo que, mientras durante casi toda la década de los ochenta la economía mexicana a nivel nacional tuvo un crecimiento de cero, algunas ciudades del norte como Tijuana alcanzaron 10% de crecimiento anual en su producto bruto. A estos procesos de desigualdad económica se agregan otros de distanciamiento cultural del centro del país o de los focos principales de desarrollo, que en el pasado habían configurado la identidad nacional. Se produce, entonces, no sólo una asimetría sino una cierta fragmentación y ramificación dentro del desarrollo nacional.

¿Es posible plantear que hay una pérdida de importancia del papel que desempeña el territorio en la constitución de las identidades?

Las identidades nacionales se configuraron históricamente en relación con los territorios. Una población que tradicionalmente ocupaba cierto espacio compartía costumbres, intercambios, ritos, sistema político, sistema educativo, etcétera.

Esta ligazón de conjuntos nacionales y regionales con ciertos territorios ha ido disminuyendo por algunos de estos procesos que mencionábamos antes: las migraciones masivas y una mayor interrelación con el extranjero -sobre todo de las élites, pero también en algunos casos de los sectores populares- a través de las industrias comunicacionales o de otro tipo de consumos culturales, han ido reduciendo esa relación exclusiva de las poblaciones con los territorios.

Es impresionante ver los enormes movimientos transterritoriales que se han producido en los últimos cuarenta o cincuenta años; basta observar que en el sur de Estados Unidos hay varios centenares de miles de indígenas de diversas etnias de México y que en el D. F. hay unos 260,000 indígenas provenientes de unas treinta etnias de Oaxaca, Puebla, Veracruz, etcétera.

Estos movimientos migratorios han sido potenciados y ampliados por otras formas de circulación de mercancías, de mensajes, a los que nos referimos antes y que también llevan a que gran parte de los bienes en torno de los cuales se organizan las identidades no procedan ya del mismo lugar en que son consumidos, ni lleven marcas particulares que los identifiquen, que los vinculen exclusivamente con ese lugar.

¿Podría hablarse de que el imperialismo se revierte sobre la metrópoli?

Hasta cierto punto. Más bien diría que ya la transculturación no es sólo una característica de los países periféricos, por su dependencia de la economía de las grandes metrópolis, sino que esa transculturación también está instalada en las propias metrópolis. De este modo se modifica la relación entre modernización, nacionalismo y transculturación, porque ahora un alto índice de modernización no va necesariamente acompañado de homogeneidad y coherencia nacionales.

Las zonas de modernización más avanzadas de Estados Unidos, como Nueva York o Los Angeles, son también ciudades en donde se hablan más de 100 lenguas y donde existe una riquísima interculturalidad, con todos los conflictos que conocemos.

Me gustaría agregar, acerca de la desterritorialización, que no es un movimiento lineal en el que se pasaría, de relaciones exclusivas con ciertos territorios, a una especie de diáspora o desarticulación transnacional de las poblaciones. Lo que estamos viendo en este fin de siglo es una tensión de procesos de desterritorialización y procesos de enérgica reterritorialización, con un fuerte énfasis en las bases territoriales, raciales, biológicas de las nacionalidades o etnias. Esto ocurre por el sofocamiento que los Estados-nación han ejercido durante el último siglo sobre ciertas regiones o etnias, y también tiene mucho de reacción ilusoria, compensatoria, ante el desigual acceso que a esos pueblos se les permite a la modernización. Hay una manera de ver esta tensión entre desterritorialización y reterritorialización, que puede ser optimista, en el sentido de que los pueblos saben resistir desde formas propias a proyectos homogeneizadores, que son también proyectos de dominación. Pero, al mismo tiempo, me parece que en la gran mayoría de estos movimientos de reterritorialización, cuando son fundamentalistas, se expresa uno de los mayores obstáculos para la modernización y de los peores riesgos para la convivencia democrática y para la multiculturalidad equilibrada en el mundo contemporáneo.

¿De qué manera se relacionan la multifocalidad, la tolerancia y la democracia?

Pienso, por todo lo que venimos diciendo, que la multiculturalidad es una característica inevitable de las sociedades contemporáneas. Sobre todo las grandes naciones estamos constituidas por múltiples culturas que no se han disuelto, pese a tantas empresas modernizadoras y homogeneizadoras, que en América Latina llevan quinientos años.

Además de esta multiculturalidad constitutiva de cada nación, está el hecho de que la cultura que hoy consideramos propia los que vivimos en cualquier gran ciudad, es una cultura formada por mensajes y conocimientos procedentes de muchas sociedades. Hay algunos movimientos culturales contemporáneos que han dado forma a esta multiculturalidad: cuando se habla de música de fusión y se la considera una de las vías más consistentes de la creación, del gusto musical contemporáneo, se está reconociendo y formalizando un tipo de hibridación y de integración de patrimonios multiculturales que forman parte de nuestra cultura disponible, de nuestra cultura más propia, especialmente en las generaciones jóvenes. En el jazz, la ópera o el bolero, para mencionar tres géneros muy diversos que combinan lo culto y lo popular, se consideraba que tenían patrias o

regiones nativas; en cambio, la universalización de las estructuras melódicas y del universo temático del rock muestra cómo prevalecen formaciones simbólicas internacionales en lo que los jóvenes de hoy consideran como su cultura más propia.

Junto a estas pruebas, que podríamos multiplicar, sobre la multiculturalidad en las sociedades contemporáneas, hay otros elementos, dentro de cada nación, en los que se advierte que los patrimonios nacionales no pueden ser rígidos ni definidos de una sola manera. Hay muchos modos de ser mexicano, estadounidense o brasileño. Ante esta diversidad constitutiva de las naciones contemporáneas, aparece como una especie de recurso mágico pretender conjurar mediante "soluciones" fundamentalistas las incertidumbres de esta pluralidad de posibilidades de vida.

La noción de democracia moderna está asociada al reconocimiento de la multiculturalidad. Pero me gustaría decir que la única multiculturalidad en la que debemos pensar en este momento no es sólo la de la multiétnicidad, sino la de otras formas de segmentación entre ricos y pobres, entre educados y analfabetos, entre informados y entretenidos. En nuestras sociedades, el acceso de los diversos grupos a estos bienes heterogéneos e internacionales ofrecidos por la globalización es muy desigual. Vivimos entre dos grandes riesgos: por un lado hay una especie de cosmopolitismo para élites promovido por neoliberales -es el cosmopolitismo de las antenas parabólicas, la televisión por cable, el fax y el correo electrónico- y, en el otro extremo, el fundamentalismo que pretende aislamientos ilusorios de tradiciones nacionales o étnicas pretendidamente autosuficientes.

Para construir nuevas rutas hacia una multiculturalidad democrática habría que replantear en serio el problema de la desigualdad social que el neoliberalismo ha tratado de ocultar y, por otro lado, el problema del interés público, que también la crítica neoliberal al Estado-nación ha encubierto más que resuelto.

¿ Cómo concibes en el momento actual la relación entre lo tradicional y lo moderno: lo tradicional-moderno?

Esta oposición, como muchas otras que antes podían vivirse con una cierta serenidad esquemática, está reorganizada por tantas interrelaciones e intersecciones como las que existen en las culturas contemporáneas. No quiero repetir aquí análisis que he desarrollado en otros textos, pero es evidente que cada vez hay menos tradiciones que puedan mantenerse autónomas, totalmente ajenas al desarrollo de la modernidad. Y, al mismo tiempo, se ha vuelto claro que la modernidad no es un proceso de sustitución de tradiciones, sino de reorganización de movimientos históricos de larga duración.

Esta combinación que se da en la actualidad entre tradición y modernidad presenta una gran flexibilidad y puede resolverse de distintas maneras: por una parte, se resuelve en las hibridaciones del mercado y en las interacciones variadísimas entre grupos sociales, naciones, etnias, generaciones, etc., con lo cual se recrea o se incrementa una riqueza, una pluralidad y una capacidad combinatoria que casi siempre ha sido muy fecunda en la historia de la cultura. Muchas de las grandes construcciones musicales -el jazz, la salsa, la ópera, el tango- son resultados de fusiones multiculturales y de mezclas de lo tradicional con lo moderno. Pero, por otro lado, hay que decir que también los sectores hegemónicos y los proyectos de dominación realizan con facilidad estas combinaciones entre lo moderno y lo tradicional.

En la actual situación latinoamericana uno se queda perplejo al comprobar la fluidez con que movimientos nacionalistas de corte populista combinan el patrimonio tradicional con las políticas neoliberales de modernización tecnocrática. Estoy pensando en el peronismo,

que culmina en el populismo tecnocrático de Menem, en las apelaciones de Fujimori y de otros gobernantes latinoamericanos a la restauración de un cierto sentido de lo nacional-popular con vistas a fortalecer programas de modernización neoliberal.

¿Cómo está cambiando hoy en día la definición de las identidades sociales? ¿En torno de qué imaginario colectivo puede pensarse que se dirige activamente la construcción de identidades grupales y de comunidades políticas?

Ante todo, me gusta este papel central que ustedes le dan al imaginario colectivo como factor constituyente de las sociedades nacionales. Pienso que en la actualidad para la definición de identidades son más importantes los imaginarios colectivos que los funcionamientos biológicos y territoriales. Hay una serie de trabajos ya bastante aceptados en la bibliografía de ciencias sociales que ponen suficiente acento en esto. Estoy pensando en la obra de Benedict Anderson sobre identidades imaginadas, quizá la que, de un modo más sistemático, ha demostrado que el nacionalismo es un artefacto cultural y no un objeto natural; es una ficción constituida históricamente. Al mismo tiempo reconoce que su carácter imaginario no lo vuelve falso, e incluso advierte que la gente está dispuesta a hacer colosales sacrificios por estas maneras limitadas de concebir el imaginario nacional. Hay otros autores como Serge Gruzinski, en sus trabajos sobre la historia de México, o Renato Rosaldo, en su estudio antropológico de las comunidades chicanas, que han puesto de manifiesto el importante papel que desempeñan las ficciones en la construcción de identidades.

En suma, hoy es ya un lugar común que lo nacional o las identidades se construyen a través de la selección y la combinación de referencias emblemáticas, mediante las cuales se logra una cierta coherencia imaginaria de rasgos y particularidades sociales. En la medida en que estos discursos artísticos, políticos, religiosos, sobre lo social alcanzan una eficacia y son compartidos por los grupos que creen tener la misma identidad, se constituyen en un patrimonio, en lo que distingue a ese grupo.

Cabe preguntarse cuáles son en la actualidad los referentes principales de estos imaginarios colectivos. Pienso que los referentes tradicionales, como el territorio o la unidad política de una nación, siguen siendo importantes; pero quizás se manifiestan de nuevas maneras. Podría destacar dos:

1) Un imaginario colectivo es la historia. Me refiero a la historia como disciplina y también al conjunto de hechos que, organizados de un modo imaginario, una población considera que son su historia. La importancia de la historia se ha puesto de manifiesto de un modo impresionante en el último año en México, con motivo del debate sobre los libros de texto. Me parece extremadamente significativo que, en un momento de desnacionalizaciones y privatizaciones, de críticas rotundas al Estado-nación y de búsqueda de integración de México en un mercado común norteamericano, la disputa por la interpretación de la historia se haya convertido en la principal polémica intelectual de 1992. Generó muchos más artículos e intervenciones públicas de intelectuales de todas las tendencias que la desnacionalización de la banca u otras reformas sobre los bienes que, al menos desde la Revolución, se han considerado como constitutivos de la nación. Esto muestra el privilegiado lugar de lo simbólico y de las disputas por la interpretación en la formación y la transformación de lo nacional.

2) El otro referente que funciona como un imaginario colectivo de primera importancia es el consumo. Gran parte de lo que define actualmente a los grupos sociales y diferencia a jóvenes de viejos, a nacionales de extranjeros, a ricos de pobres, es el modo de acceder a la apropiación de los bienes. De ahí que, en un trabajo reciente que está todavía en prensa, se me ocurrió proponer una definición de nación como comunidad hermenéutica

de consumidores. Con esto quiero decir que una nación es hoy no sólo una población que habita un mismo territorio y que tiene una historia en común, sino un conjunto de personas que se ponen de acuerdo acerca de lo que les gusta consumir, acerca de lo que es comunicable, compartible y valioso en una época determinada.

Menciono este referente del consumo como uno de los factores de configuración de identidades muy diversas. Es indispensable referirse al consumo para entender las identidades generacionales, regionales, genéricas, pero incluso para las identidades nacionales. Me parece muy significativo, para dar un solo ejemplo, que en este momento de integración al Tratado de Libre Comercio reaparezca una vasta publicidad que llama a comprar lo mexicano. Algo semejante he encontrado recientemente en otros países que también están comprometidos en procesos de integración, Argentina, Brasil, Chile. Pero es un tipo de definición de lo nacional que está muy ligada al consumo, o sea, donde la apelación a sentirse nacional está relacionada con los bienes que se compran.

¿Es posible pensar en la viabilidad de una opción distinta a las tres siguientes: el Estado-nación, la tribu y el Estado supranacional?

A mí se me ocurre una nueva pregunta para responder a esto: ¿por qué gran parte de la discusión actual en ciencias sociales pasa por estas tres unidades de análisis, y por qué desaparecieron tan rápido otras que fueron hegemónicas en estas ciencias y en el debate político del último siglo: clases, etnias, regiones? Sabemos que hay muchos factores que colaboran en la llamada crisis o caída de paradigmas, de países o regímenes enteros, sobre todo del marxismo. Pero me parece que también hay una cierta frivolidad de las modas que hace anacrónicas demasiado fácilmente ciertas unidades de análisis de las ciencias sociales y pasa rápidamente a otras. Por ejemplo, diría que la crisis del Estado-nación y los Estados supranacionales, o sus intentos de expansión, en algunos casos merecen un debate nuevo, por todo lo que estamos diciendo aquí. Hay un cambio importante en las condiciones históricas que exige replantear con renovado vigor las nociones de clase o etnia, pero la noción de tribu, que vuelve a aparecer en autores como Maffesoli, es muy poco rigurosa, una manera fácil, en el peor sentido, de tratar de entender procesos de agrupamiento más o menos esotéricos o místicos en las sociedades modernas. No creo que la noción de tribu tenga menos problemas conceptuales y epistemológicos que las nociones de clase o de etnia.

La pregunta es si es posible pensar en una opción distinta de aquellas tres. Más bien diría que hay que pensar en más opciones y plantearse cómo se combinan, cómo se cruzan, cómo se interpenetran o entran en conflicto en las sociedades contemporáneas. Está claro que no tenemos un paradigma que las organice satisfactoriamente a todas. Pero no veo la ventaja de quedarnos sólo con la mitad o remplazar las tradicionales que se han ganado sus críticas por otras nuevas -o viejas, como la de tribu que simplifican o banalizan en vez de ayudar a trabajar con la complejidad social contemporánea.

¿Cómo se relaciona esto con tu propuesta de multifocalidad?

En tanto tratamos de reconocer que hay muchos focos de organización de las identidades. Un régimen político que se base en uno solo de estos focos, sea la clase, la nación o el Estado supranacional, es totalmente antidemocrático y amputa la multiplicidad de formas de organización de los conjuntos sociales.

Por último, ¿cuál es el futuro de las identidades nacionales?

De ninguna manera pienso que las identidades nacionales hayan caducado o estén próximas a acabarse. Se están reorganizando, no tienen los mismos referentes o no los

tienen de la misma manera que en el pasado. Su imaginario está siendo complejizado por muchas otras variables internas y externas. Y todo esto ocurre en una situación de incertidumbre, de gran inseguridad; porque, como decíamos, no hay este conjunto de referentes fijos, autónomos, exclusivos de cada nación; o al menos no existen con la fuerza y la especificidad que tenían en otro tiempo. Sin embargo, las naciones siguen siendo unidades de agrupamiento y de identificación importantísimas para los pueblos; y los Estados nacionales siguen siendo las formas básicas de gobierno, por lo menos en la mayor parte de los países occidentales. Todo esto desde un punto de vista descriptivo. Pero desde un punto de vista más político y como especulación hacia el futuro, diría que la protección o la defensa dinámica del interés público, a que nos referimos hace un rato, es indisoluble del afianzamiento de los Estados-nación y de posiciones nacionales, no necesariamente nacionalistas, en las confrontaciones internacionales y globales.

En un sentido pragmático, desde la perspectiva de los países latinoamericanos no podemos descuidar la defensa de nuestros intereses nacionales cuando la potencia hegemónica renueva, una y otra vez, medidas proteccionistas que perjudican a nuestros productos económicos y culturales.

El problema, me parece, reside en reelaborar posiciones nacionales no fundamentalistas, basadas en una caracterización histórica de lo que son los intereses colectivos de cada pueblo. Si no tomamos seriamente en cuenta esta redefinición política y cultural de nuestras identidades nacionales, quedaremos bamboleándonos entre una transnacionalización económica arrasadora y la expresión simbólicamente compensatoria de exasperaciones nacionalistas deportivas y masmediáticas.

CITAS:

[*] Profesora-investigadora del área de Teoría de las Formaciones Sociales, Depto. de Sociología, UAM Azcapotzalco.